

Haketía

Traducido por Alicia Sisso Raz
2016
Primera traducción

Capítulo 47

Donde se prosigue cómo se portaba Sancho Panza en su gobierno

Capituló 47

Ande se sigue contando de Sancho Panza y como se portaba en su gobierno

Conta de lo que vino a ser dezde el juzgado cuando le levaron a Sancho Panza a una maravía de palacio endiamantado; ande en una sala grande estaba puesta una mezza de cómo y cómo, brillando de limpieza, que así se haga el mazzal. Y daca que Sancho entrando en la sala, tocaron los shofares, y salieron cuatro pañes pa lavarle las manos, lo que Sancho recibió con muncha gravedad.

La muzicá paró, y Sancho se asentó a la cabesera de la mezza, patorde que no había otro asiento ni otros platos en aquella mezza. Un aquel con un palito de ballena en su mano, que aresultó discués que era un medicó, se puzzó de pie cabe él.

Viñeron los pañes y arsarón un mandil de Holanda fina, blanco azahar que cubría las frutas y un wuenque de manjares de talles y maneras. Uno de los pañes, que parecía estudiante, disho la berajjá, y un pañe le puzzo a Sancho un babi con filitos de encashe; otro, que parecía el maestresala, le sirvió delante de él un plato de frutas. Ma daca que Sancho ni alcansó de comer un bocado de ello, y el del palito tocó el plato, y se le quitaron corriendo en una volada. Ma halaquí que el maestresala le trushó otro plato con otro manjar, ma al momento que Sancho iba a gostar un bocadito, el del palito tocó sawed el plato, y un pañe le arsó volando con grandes halhalás, igual como lo hizo el de la fruta. Wa nonbalde que mirando esto Sancho se

quedó ŕajbeado. A qué mal de trampantojo es este, disho él, y pescudó si toda esa cena de cómo y cómo no es una trampina juguetera. Vino el del palito y le arrespondió:

-Señor gobernador, aunque se aunte el cielo con el suelo, no ha de comer cualquier hajita que no es la uzansa de comerla en las otras insulas, ande hay gobernadores. Yo, señor, soy medicó, y contratado soy en este lugar pa mirar por los gobernadores. Yo miroy por la salud del gobernador más que por la mía, y sigoy ambezzandome días y noches, echando mi ojo y parando mis mientes a la salud y al bien estar del gobernador. Y si vendrá a ser que se caiga malo, que el Dio no lo deshe pasar, vendré yo y le amenjuraré. Y lo más emportante que hagoy es ponerme cabe él cuando come; desharle de comer lo que a mi parecer es wenezito namás, y quitarle del todo lo que yo azneoy que no le hará bien y le va a endañar su estomagó. Es por eso que yo lo mandí que le quiten el plato de frutas, pamorde que son demaziado aguadas. El otro manjar le quitaron por ser demaziado cayente y con un ŕolam de especias, lo que trae muncha sed. ¿A ma no se sabe bien sabido que el beber muncho arremata la humedad en el cuerpo, la que es el manadero de la vida?

-Wa si esto es esto, -Sancho disho-, el aquel plato de perdices asadas, las que a mi parecer están aliñaditas con comedia, no me endañará.

-No haya mal que eso pasara por el tragapán del señor gobernador, en tanto que yo me quede vivo, -le arrespondió el medicó.

-¿Y porque ŕawed? -disho Sancho.

-Eso es por aseguir lo que disho Hipócrates, el hajám más cumplido y cabal de la medicina, -arrespondió el medicó-. "*Omnis saturatio mala, perdices autem pessima*. Lo que quiere dizir: gheartar la alma es una cozza preta, ma gheartarla con perdices es cuantimás y cuantimás empretecida.

-Wa si es así, -Sancho disho-, que me diga el señor dutor cuál de todo el wunque de manjares en esta mezza me vendrá más bien, y cuál de ellos me endañará menos, y deshame comerlo sin que me lo hafteén. Pamorde que, por vida del gobernador, y que el Dio me deshe vivo pa gozzarme en ella, estoy muriéndome de la flaquezza, y quitarme la comida, por más que esa no le parezca wenezita, señor dutor, y por más que me lo diga, es quitarme la vida que aumentarmelá.

-Vuestra merced tiene razón, señor gobernador, -le arrespondió el medicó-, ma yo jammeoy que vuestra merced no tiene de comer ninguno de los conejos guizados que están ahí, pamorde que son defícil pa el estomagó. La ternera, si no fera assada y aliñada, la pudiera gos-tar, ma por mal así la guizaron.

Vino Sancho y le disho:

-El aquel plato grande que está más adelante, ¿a no será una adafinita? Wa por ser una hajita hecha con munchas cozzas de talles y maneras, ya podré topar en ella un alguito que sea gustozzo y que me vendrá bien

-Woh, woh, no haya mal, ni mal mos venga, -disho el medicó. Les-hos de mozotros se quede este penserio kefseado: en el solam entero no hay una comida más encarbonada que una adafina. Este guizado es pa los zaatotes, pa directores de colegios, au pa las bodas de los patanes, que no saben nada de wueno. Ma, leshos se quede de las me-zas grandezas de los gobernadores, ande cada hajita se espetija con mucho cuidado y es de lo más meyor. Y la razón es que dezde siem-pre, por cualsequier, y en siete haumas y un forno, ya se sabe bien sa-bido que las melezinas simples son más validas que las melezinas compuestas, pamorde que en las simples no se puede yerrar, ma ha-remos woh por lo que se fafeá en las compuestas, trocando las canti-dades de las cozzas que van en ellas. Es por eso que yo saboy cual son las hajitas que el gobernador tiene de comer pa quedarse sano y rezio. Yo le daré cien galletitas y unas rodajitas finitas de membrío, que le vendrán bien a vos y serán consolozzas pa sus tripas.

Estando Sancho oyendo esto, él se arrimó atrás en su sía, y espetijando al aquel medicó, le pescudó con voz grave, que cómo se llama y ande feron sus ambezzamientos. A lo que el medicó le segundó:

-Yo, señor gobernador, me llamoy el dutor Pedro Recio de Agüero, y nací en el lugar que se llama Tirteafuera, que está entre Caracuel y Almodovar del Campo, a la mano derecha, y tengoy el grado de dutor por la universidad de Osuna.

Vino Sancho, y todo él una jennía de muerte, y le disho:

-A ferazwal señor dutor Pedro Recio de Mal Agüero, nacido en, zaama, T[ir]teafera, lugar que está a la mano derecha como vamos de Caracuel a Almodóvar del Campo, graduado en Osuna, te lo digoy yo agüera que alevantes tus tuídos y vaite, vaite de mi espe-

tera. Que si no, ¡juroy por el sol que mos alumbra que te voy a dar una ʒarboná de las ʒarbonás, y te hare tus carnes shabón con un palo, y ampesandolo con tigo, lo sigueré haziendo ʒattá que no quede ni amo ni dueño de un dutor en toda esta insulá. Por lo menos, no quedará una alma viva de los aquellos matasanos aznos. Los medicós ʒajamím, prudentes y wenezitos, los arsaré sobre mi cabeza, y los haré kabód, como si feran malajím. Y te lo digoy ʒawued: fuyeté de aquí, Pedro Recio; que si te coʒoy entre manos, tomaré esta sía, ande estoy asentado y te la quebroy sobre tu cabeza. Y si vendrán a demandarme por lo que hizí, yo saldré con mis manos limpias, pamorde que hizí un servicio al Dio por arrematar el nombre de un dutor matasanos como ti; un verdugo de la republicá. Y agüera, daime de comer, y si no, tomaivos este gobierno, que un oficio que desha a su amo y dueño de tener flaquezza, es un caldo de habas.

El dutor se dezgustó, y mirando que el gobernador está enkaʒasadó, él quiʒó hazer un irteafera de la sala, ma ʒusto en ese momento vino a ser que un shofar de posta tocó en la caleʒa, y el maestrosala asomandose por la ventana, disho:

-Halaquí que viene una letra del duque, mi señor, algüna cozza de emportancia debe de ser.

El mensaʒero, y todo él un espantiʒo y sudores, se entró y sacó un papelito de su faldiquera, y le puzzo en las manos del gobernador. Vino Sancho y se lo puzzó en las manos del mayordomo, y le comandó que le leyerá la letra, la que dizía esto: *A don Sancho Panza, gobernador de la insulá de Barataria, en su propia mano au en las de su secretario.*

Oyendo esto, Sancho disho:

-¿Wa quién es aquí mi secretario, pa que lo sepa yo?

Vino uno de los aquellos que estaban ahí y le segundó:

-Yo, señor, pamorde que saboy leer y escribir, y soy vizcaíno.

-Con esa añadedura, -disho Sancho-, no te faltaría nada más pa ser mezmo el secretario de un emperador. Wa abre esta letra y míralo bien mirado qué es lo que dize.

Y así lo hizo el zaʒama secretario, y leyendo lo que leyó de ello, disho que se trata de una cozza que hay de leerla a escondidas. Vino Sancho y comandó a todos los oidores, y al medicó tamién, a despe-

ñar la sala, y al mayordomo y al maestresala los disho que se queden. Así que discués el secretario leyó la letra, que dizía esto:

Me legó una noticia preta, que nuncua me legaría, señor don Sancho Panza, que unos enemigos míos que moran en esa insulá, se van a seltear sobre ti con muncho essem. Por el negro mazzal, yo no lo saboy en qué noche. Quedaté velando, paque no te tomen por sorpresa. Lo saboy tamién por espías wenezitos, que ya se metieron en este luguar cuatro de ellos, preta sea su quedada, disfrazzados ya, pa quitarte la vida, y eso pamorde que tienen un espantiño de tu vivezza tan grande y luzzida. Siendo ansí, abre tu ojo y pon mientes, y míralo bien mirado quién aquel viene pa hablarte, y no comas ni una nonada de lo que te den de comer. Tekleate en mí, que yo vendré corriendo pa fukkearte, si los mal.logrados te harán alguna ramlá. Ma hazlo todo como se espera de un ferazmal de entendimiento como ti. De este luguar, a 16 de agosto, a las cuatro de la alborada.

*Vuestro amigo,
El Duque.*

Oyendo esto, Sancho se quedó asombrado, igual que los otros, y él le disho al mayordomo:

-Es menester agüera de meter al dutor Recio al prizión, pamorde que ¿quién será si no él, el mal.logrado que me quiere quitar la alma?, y matarme con la mano escondida quiñó él, de una flaquezza dolorida; a quién me lo quiñere, y me lo desearé.

-Ma, -el maestresala disho-, es de mi parecer que vuestra merced no tiene de comer nada de las hajitas que están sobre la mezza, pamorde que lo guizaron unas monjas, y woh se haga por lo que se sabe, ¿a no es que detrás de la cruz está el mel'ok del huerco?

-Por mal, esto pueda que sea, -segundó Sancho-, ma por agüera daimo un pedaso de pan y unas cuatro libras de uvas, que en ellas no se podrá meter el solimán. Por todo que sea, sin comer, no lo puedoy pasar. Y si tenemos de ser aprontados pa estas matansinas que mos asperan, meñor estar hartos, pamorde que tripas llenas arsan corassón, que corassón las tripas. Y tú, secretario, segundalé al duque, mi señor, que todo se hará y se cumplirá sin faltar ni una nonada de lo que él comanda. Y bezzala las manos de mi señora, la duquesa de mi parte, y

dila que de rodías se lo pidoy que no se la rezbale al olvido de mandar con un mensajero mi letra y el bulto a mi muĵer, Teresa Panza. Y ese favor grande, se lo jalfearé sirviendolá con toda la ferza que me dió el Dio. Y en tu camino bezzale las manos a mi señor, don Quijote de la Mancha, pa que lo sepa que yo estoy agradecido pa siempre. Y tú, igual como un secretario wueno y vizcaíno, puedes añader qadeso más de lo que quieres y de lo que es emportante a tu parecer.

Y agüera, quitai del medio estos mandiles, y daimede comer, pa que me ĥazmee a escuenta de la guezera de espías, matadores y fechizzeros, que viñeron a seltearsen sobre mí y sobre mí insulá.

Ellos estando en esto, y halaquí que entró un paĵe y disho:

-Aquí mos viene un labrador que haze dimes y diretes, y quiere hablar con vuestra señoría de una ĥaja, y lo dize él, de muncha emportancia.

-Wa esto de mercaderes hablando de ĥajas, no viene en libros, -Sancho disho-. A estas horas nací yo en ca de babá. Será posible que son tan bobetones, ĥattá que no se fetnean del řajeb, y vienen a contar sus dimes y diretes a estas horas? ¿A qué guayyas son estas; a no es que mozotros, los que gobernamos, los que semos dayyaním, no es que semos tamién de carne y hueso? Es menester que mos deshen arrepozar, como el Dio mandó. Ma a mi parecer es que quieren que seamos de piedra y mármol. Por el Dio de los cielos y mi conciencia, que si el gobierno me dura y tendrá tekumá, (y como lo miro yo, esto no va a tener tekumá), yo voy a enderechar a más de un mercader. Agüera digaile a ese ferazmal que se entre; ma asegurai lo emprimero, que no haya mal si es uno de los espías au un matador que viene por mí.

-No señor, -arrespondió el paĵe-, este ferazmal parece una alma de cantaró, au yo saboy poco si él no es wueno como el pan.

-No hay que tener nengun espantiĵo, -disho el mayordomo-, que aquí estamos todos mozotros.

Vino Sancho y disho:

-Agüera, que el dutor Pedro Recio no está aquí, ¿a no será posible maestresala, de comer alguna ĥajita que alimentará mi alma, aun si será un bocado de pan y una cebolla namás?

-Esta noche, a la cena, le vendrá a vos la hartura, y vuesta señoría comerá ĥatta que se le għatee su alma.

-De tu boca a los cielos, -Sancho arrespondió.

Estando en esto, y el labrador entró. Y este era de wuena prezen-
cia, y se podía ver de mil leguas que era con niyya y su alma wuene-
zita. Emprimero disho él:

-¿Quién es aquí el señor gobernador?

-¿Wa quién puede ser, -arrespondió el secretario-, sino el que está
asentado en la sía?

-Me agachoy a su grandezzía, -disho el labrador.

Y se puzzó de rodías, y le pidió la mano pa bezzarsela. Wa esto es
esto; Sancho no se la dio, y le comandó que se alevante y le diga que
es lo que quiere. El labrador se alevantó y le disho:

-Yo, señor, soy labrador, nacido en Miguel Turra, un lugar que
está dos leguas de la Cibda[d] Real.

-Wa llamai a Tamar que mos fukkee, que aquí tenemos otro irtea-
fera! -Sancho disho.

Mira, ferazmal, lo que te puedoy dizir es que yo conoscoy bien co-
nocido a Miguel Turra, pamorde que no está muy leshos de mi pue-
blo.

-Wa, es que la cozza, señor, -siguió el labrador-, que yo, por los
hasadím del Dio estoy en un cazzawueno asigún la Santa Iglesia Ca-
tolicá Romana; tengoy dos hijos estudiantes. El chiquito está ambez-
zandose pa bachiller, y el mayor pa licenciado. Ma, yo soy viyudo,
que mi muÿer se arrancó de la vida, au dizir las cozzas como son, me
la mató un dutor matasanos, que ansí le mate el Dio, cuando estaba
empreñada. Y si el Dio apiadaría y el parto saliera a luz y fera hijo, yo
le puziera de ambezzar pa ser medicó, pa que sus hermanos, el bachi-
ller y el licenciado no se descariñen por él.

-Si lo tengoy entendido, -disho Sancho-, siendo que si tu muÿer no
se faltaría de la vida, au no la matarían los aquellos matasanos, tu no
feras agüera viyudo.

-No, señor, en nenguna manera, -arrespondió el labrador.

-Wa ya mos luzzimos, agüera; bendicho él que le entiende, -San-
cho replicó. Wa sigue, sigue ferazmal, que la hora es pa durmir que pa
dimes y diretes.

-Wa lo digoy yo, -disho el labrador-, que este hijo mío, el que va a
ser bachiller, se encarameló de una muÿer mozzada del mezmo pueblo
muestro, llamada Clara Perlerina, hiÿa de Andrés Perlerino, un labrador

acabdalado, achocado de chavos. Y este nombre de Perlerines, no los viene de ca de sus padres ni siendo suyo dezde dorot y dorot, ma es pamorde que todos ellos, no sepamos de mal, son paraliticós, y pa el 'abú y pa amejórar el nombre los llaman Perlerines. Anque si diremos la verdad, esta muĵer mozzada es como un aĵĵofar del mizrah. Si la miran por el lado derecho, parece una flor del campo, ma haremos woh por el izquierdo. Es que la falta el oĵo, que le perdió, la amarga de ella, cuando tuvo las viruelas. Ma anque su cara, toda ella un gherballo con gadeso de buracos grandes, los sejenim que la quieren dizen que no son buracos, ma son me'arás ande se apañarán las almas de sus amantes.

Y tan limpia es ella, que por no ensiscar su cara, sus narices están, como dizen, arreoĵidas pa arriba, ĥattá que parece como si fera que se están fuyendosen de la boca. Ma con todo esto, ella es un jial, pamorde que su boca es grande, un fondaq diría yo, y si no por la falta de unos diez au dozze dientes y mulas, su boca podría pasar por una boca hermozzita, muncho más que otras.

De los labios, me quedaré cayado mudo, pamorde que de lo estrechitos y delicados que son, se podría hazer madesha de ellos, si ansí fera la uzzansa de embobinar labios. Ma como que son de color deferenciado, oĵo no miró tal en otros labios, parecen una 'aĵuba, pamorde que son rosheados con blu y verde como de la berenĵena. Ma, meĥilá señor gobernador si me voy pintandolá a vos filo por aguĵa, ya que al fin al fin va a ser mi hiĵa, y yo la quieroy bien querido, y ella no me parece un jaramuĵo por nada ba'olam.

-A pinta, pinta; pintalá ĵusto como lo quieras, -Sancho disho-, que yo me enĵubiloy en la pintura, y que si algo pasaría en mi tragapán, esta pintura sería el meĵor asiento de voluntad.

Ya estoy pa servirle a vos el asiento de voluntad, -arrespondió el labrador-, y ya legará la hora horada pa eso, si todavía no mos legó. Y lo digoy yo a vos, señor, que si pudiera pintar su ĝentilezza y la altura de su cuerpo, eso sí que fera una cozza de cómo y cómo. Ma eso no ha de ser, pamorde que toda ella atortushada y encoĵida, ĥatta que sus rodías legan a su boca. Y aun ansina, se da cuenta que si la amarga de ella pudiera alevantar su cabeza, se aĵuntaría con el terrado. Y si fera por ella, ya le daría su mano a mi hiĵo, ma es que no la puede estender, que toda ella un nudo. Y nada faltá, gher echar un oĵo en sus uñas largas y rayadas, pa consinter de su buendad y su hechura wuenezita.

-Wa, ya está, ya está bien, no hay mal que por bien no venga, y lo digoy yo que pa el Dio nada es maravía, -Sancho disho-, pon mientes ferazmal, que ya la pintates de pies a cabeza. Y agüera, di me ¿qué es lo que quieres? Wa solta y qadeá, y dimelo bediuk, sin meshearte; sin dar vueltas, ni añadeduras, y ni más hideras.

Quería señor, -arrespondió el labrador-, que vuestra grandezzía me escribiría una letra de wuenas palabras pa mi consuegro, pidiéndole sin eĵmil, de dar su berajjá a este cazzamiento. Wa con todo que sea, al fin al fin, ¿no es que semos qadde uno qadde el otro? ¿A no es que no semos deziguales ni en los bienes de este ōlam y ni en lo que el Dio mos ketbeó? Wa si lo diré con franquezza, señor gobernador, es que lo que deshó la viruela, lo cumplió el sarampión. A wilí, a wilí, que le diré y que le contaré! Eso que al amargo de mi hiĵo, se le metió una ruáĥ raŕa de los d'embasho, y ni un día pasa sin que los d'embasho malditos no le atormenten tres au cuatro vezes. Y pamorde que se cayó una vez en el fuego, está todo él, lo wueno mío, atortushado, y sus oĵos maosshos, hamayoteros como un manadero. Ma, él es tan wueno y bondadozzo; un malaj enterito todo él. Y si no fera por lo de ĥarbo-nás y lo de puñetazzos que se da él mezmo a su cabeza, fera un sad-dik. Wa en eso estamos; el Dio los cría y ellos se aĵuntan.

-¿Y esto namás ferazwal?, a no querrís otra cozzita más?, -le replicó Sancho.

-Sí, es que querría otra cozza, -disho el labrador-, ma no tengoy cara pa dizirselo a vos. Ma vaya, no lo voy a deshar de pudrer en mi pecho, sea lo que sea. Es que, señor, querría que vuestra grandezzía me de unos trecientos au seiscientos ducados pa ayudarme con el ashuar de mi hiĵo el bachiller, que con eso fraguará su cazza, ¿wa ande moraran si no en su cazza de ellos, siendo dueños y señores de su cabeza, leshos de las baslumbres de los suegros?

-A mira si querrís otra cozzita, -disho Sancho-, wa solta, soltaló todo, y no deshes nada en tu pecho, por eĥshuma ni por vergüensa.

-Wa con esto lo dishí todo y qaddeí, -arrespondió el labrador.

Ma, ni acabó el labrador de dizzirlo, y el gobernador se alevantó de la sía en que estaba asentado, y disho: ĵuroy por el Dio de los cie-los, al don patán alcornoque, al trapo de la ĝente, que si no te fuyís de aquí, con esta sía te quebroy la cebesa y te la abroy. Hiĵo de la negra, al mal.logrado, al ŕazzif, al pintor de tus mezmos demonios. ¿A estas

horas vienes pa piderme seiscientos ducados por tu cara la bonita? Y en que woh de escondiño los tengoy, zañama, yo? Y si los tuviera, que de woh te devoy pa dartelós? Al dezvergüensado, al azno. ¿Y quién lo llora, y que woh me toca a mí Miguel Turra, ni todo el linaje kefseado de los Perlerines? Vaite de aquí, y que sea la ida del fumo, que si no, por la vida del duque, mi señor, te voy a hazer lo que dishí! Miguel Turra qalek; de ahí no sos, ma un embolicador sos tú, mandado por los d'embasho pa quitarme el cuero. Dime, al caído el mazzal, el gobierno ni le tengoy un día y medio, ¿y tú ya quieres que tenga los seiscientos ducados?

Vino el mayordomo y le señaló al labrador que se salga de la sala, y este salió y su cabeza metida en el suelo, y un espantíño todo él, mirando el kañás grande del gobernador. ¿Wa no se dirá que este maldito jûguó su parte de lo mejôr?

Ma daca y le deshemos a Sancho y su jenníya agüera, que queremos ya la paz, y mos atornaremos a don Quishote, siendo que le deshimos arrebosado en manos de curanderos, por sus feridas dolorozas. La refuá shelemá todavía no le legó a don Quishote durante estos ocho días que pasaron. Ma eso que en uno de estos diítas, vino a ser una cozza, de aquella Cide Hamete dio su palabra de contarla filo por aguja, sin faltar ni una nonada.